

Al-Andalus y la identidad española: historia y mito

Introducción

Jesús Torrecilla

(University of California, Los Angeles)

Antonio Cortijo Ocaña

(University of California, Santa Barbara)

Intentar comprender la realidad histórica de al-Andalus es una empresa cargada de dificultades. No sólo porque nos encontramos frente a hechos que se producen en distintos niveles, sino porque cada uno de ellos posee una extraordinaria complejidad. Además, los diferentes estratos se condicionan y entremezclan de tal modo que resulta hasta cierto punto imposible trazar una clara línea divisoria entre ellos.

En primer lugar, existe al-Andalus como una realidad histórica que se prolonga durante varios siglos. Por su larga duración, se trata de un fenómeno que evoluciona en el tiempo y ofrece en cada etapa de su desarrollo importantes particularidades. La realidad andalusí que sigue a la conquista árabo-bereber del 711 no es la misma que la del califato o la de los almohades. Asimismo, en cada etapa de su desarrollo, esa realidad es diversa desde un punto de vista espacial, por lo que resulta muy problemático extrapolar a todo el conjunto los resultados obtenidos al analizar una región determinada. Estos dos factores, temporal y espacial, dificultan la comprensión de sociedades que ya son de por sí múltiples y heterogéneas, incluso si nos limitamos a una zona y a un periodo histórico determinado. Todo ello nos obliga a ser muy cautos al interpretar los datos de que disponemos.

Pero el concepto de al-Andalus comprende también una serie de mitos que han ido desarrollándose a lo largo de los siglos, tomando como base, o como pretexto, la realidad socio-política de los musulmanes peninsulares. En este sentido, conviene establecer una diferencia que considero esencial entre historiadores y mitómanos. Obviamente, sabemos que nadie puede ser totalmente objetivo cuando interpreta una realidad determinada. Todo análisis está en mayor o menor medida contaminado por la visión del mundo y los prejuicios del que lo realiza. Pero el historiador pretende ser objetivo, aunque no lo consiga. Su objetivo es ayudar a entender mejor lo que sucedió en el pasado. El creador de mitos tiene otras prioridades.

Barthes define el mito como un tipo de discurso en el que lo que se dice no coincide con lo que se quiere decir. Parecería que afirmamos algo, pero lo que realmente queremos comunicar a nuestros interlocutores pertenece a un nivel significativo diferente.¹ En este sentido, los que construyen el mito de al-Andalus en sus distintas modalidades pretenden analizar la realidad andalusí, pero su objetivo es elaborar una propuesta de cara al mundo que los rodea. Las diferentes versiones del mito nos ayudan mejor a entender la realidad socio-política del momento en que surgen que la de los musulmanes medievales. La naturaleza de este discurso no es descriptiva, sino performativa.² No pretenden conocer mejor lo que sucedió en el pasado, sino “hacer” algo, construir un estado de opinión en el presente.

En este nivel nos encontramos asimismo con una gran variedad y complejidad. Con la particularidad de que los mitos relacionados con al-Andalus han seguido produciéndose y

¹ En sus palabras “Myth is a peculiar system, in that it is constructed from a semiological chain which existed before it: it is a *second-order semiological system*. That which is a sign (namely the associative total of a concept and an image) in the first system, becomes a mere signifier in the second” (81).

² Adapto aquí libremente la terminología creada por Austin en *How to Do Things with Words* (3-5).

desarrollándose mucho después de que la realidad socio-política en la que se basan desapareciera. La evolución de la imagen mítica de al-Andalus se prolonga, de hecho, hasta nuestros días. Y probablemente seguirá cambiando, respondiendo a las dinámicas que se produzcan en la escena española y en los países de su entorno.

Las dos realidades, tanto la de los hechos históricos como la de los mitos, sabemos que conviven durante siglos, desde la invasión musulmana del siglo VIII hasta la expulsión de los moriscos a principios del XVII. Sin embargo, más que tratarse de dos realidades paralelas, se interaccionan y condicionan mutuamente, hasta el punto de que resulta imposible establecer una clara línea divisoria entre ambas. Así, en la Edad Media existe la realidad socio-política de al-Andalus, compleja y múltiple, tanto en un sentido espacial como temporal. Pero esa realidad no puede entenderse desconectada de los mitos sobre al-Andalus que surgen tanto en la zona controlada por los musulmanes como en la de los cristianos. Me refiero concretamente a los aspectos identitarios y a las agendas políticas, dos áreas que, por su mismo carácter, favorecen enormemente la creación de mitos.

Sobre este particular, se plantean algunas importantes preguntas cuya resolución aún hoy sigue enfrentando a los especialistas. ¿Se consideraban españoles los musulmanes de al-Andalus? ¿En qué factores fundaban su identidad como pueblo, si es que se consideraban un grupo diferenciado con características comunes? ¿Cómo percibían su relación con la Hispania romana y visigótica? Por otra parte, ¿cómo eran percibidos, en esos tres apartados que acabo de plantear, por los cristianos de los reinos del norte?

La indagación sobre los mitos de al-Andalus que se crearon entre los siglos VIII y XVII, tanto en la parte cristiana como en la musulmana, resulta sin duda indispensable para entender las principales dinámicas que explican su desaparición como realidad socio-política. Desde la progresiva expansión de los reinos cristianos hacia el sur, hasta la conquista de Granada y la expulsión de los moriscos. Parece difícil, si no imposible, explicar esa dinámica sin tener en cuenta la existencia de un mito que la justificara. Considero, por tanto, que el concepto de reconquista no puede desestimarse simplemente porque aceptemos que el término en sí no se generalizó hasta el siglo XIX (Ríos Saloma 161). La esencia del mito se mantiene similar, ya se usaran los términos de restauración o de reconquista. La consideración de los musulmanes como un pueblo ajeno a la realidad de la Península Ibérica, fue, sin duda, un factor decisivo a la hora de justificar la conquista de las tierras en su poder y, finalmente, su expulsión.

El mito de la Reconquista (si se me permite emplear el término) tuvo que confrontar, desde el siglo XVI al menos, el nacimiento de una serie de mitos positivos sobre al-Andalus, que, si bien parecerían ser idénticos a primera vista, no lo son cuando se analizan en profundidad. Entre otras cosas, porque, al cambiar su función, se modifica su significado. Así, el mito de al-Andalus que aparece en la literatura morisca del XVI existen buenas razones para creer que se proponía dignificar a un grupo que se encontraba en esos momentos en horas bajas, con el objetivo último de favorecer su integración en la sociedad española.³ Tras la expulsión de los moriscos, sin embargo, el mito así planteado dejó de tener sentido. Pero el éxito de la novela morisca en otros países europeos, unido a la aparición de teorías que reivindicaban la importante labor cultural desarrollada por los árabes durante la Edad Media, motivaron la aparición de un nuevo mito, similar al anterior, sólo que ahora usado para atacar la labor civilizadora de España en las tierras sometidas a su control. Según sus cultivadores (autores franceses e ingleses, sobre todo) los musulmanes habían creado una civilización floreciente en la Península Ibérica, que los españoles, cuando los expulsaron, se apresuraron a destruir. El mito así planteado les sirvió a estos autores

³ Ver Márquez Villanueva (34).

para atacar a un país que había rivalizado con el suyo durante siglos y que ahora se encontraba en una situación vulnerable. De acuerdo al nuevo planteamiento, la ignorancia y el fanatismo religioso de los españoles convirtieron el vergel creado por los musulmanes en un páramo inhóspito. Al igual que habían hecho en otras partes.

Este mito, que presentaba a los musulmanes como cultos y sofisticados, fue adoptado por ciertos ilustrados españoles, paradójicamente, para desmentir las acusaciones que se hacían al país de haberse mantenido al margen de la Ilustración europea. Según ellos, la labor cultural desarrollada por “nuestros musulmanes” en la Edad Media probaba que España había desempeñado un papel importante en el proceso europeo hacia la Ilustración. El mito adquirió así una nueva dimensión y un sentido diferente.

Posteriormente, la invasión napoleónica y el intento conservador de monopolizar la identidad española, expulsando a sus adversarios del territorio nacional (primero en un sentido simbólico, luego físico), motivará la aparición de un nuevo uso del mito que tendrá una importancia excepcional. Viendo cuestionada su condición de españoles por parte de los conservadores, ciertos progresistas experimentarán la necesidad de crear una identidad nacional alternativa en la que ellos tengan cabida.⁴ Entre los mitos desarrollados con ese propósito, el de al-Andalus jugará un papel primordial. Puesto que estaban siendo tratados por la España oficial como lo habían sido antes los musulmanes, proyectarán sobre ese grupo sus ideas y sus proyectos, convirtiendo la realidad de al-Andalus en un reflejo de la que ellos querían construir en el XIX. Con este fin, afirmaron que lo que sucedió en la Península Ibérica en la Edad Media no fue una reconquista, sino una guerra civil, un enfrentamiento entre conservadores (los cristianos) y progresistas (los musulmanes), en el que, al igual que estaba sucediendo en su época, resultó vencedor el bando que menos lo merecía. Convirtieron así a los musulmanes de al-Andalus en una especie de proto-liberales en la Edad Media. Como suele suceder en la actividad mítica cuando se aplica a la historia, el pasado se convierte en una imagen del futuro para legitimar un determinado proyecto político.⁵

El intento monopolizador de la identidad española por parte de los conservadores a principios del XIX, y la reacción contra ese propósito por parte de ciertos liberales, provocó una grave ruptura en la percepción de la historia cuyos efectos persisten hasta hoy. Para entender la enconada polarización existente en las interpretaciones sobre la Edad Media española (o, si se prefiere, peninsular) es necesario remitir a ese momento histórico. Los historiadores, cuando se enfrentan al pasado, es inevitable que lo hagan desde una posición subjetiva. Nadie puede renunciar a su época ni a su identidad. Lo que sí debería poderse evitar es que el historiador se convierta en un mitómano. Para ello, un primer paso necesario consiste en identificar los distintos mitos y saber cuándo y por qué se produjeron.

El mito, por tanto, no sólo forma parte del objeto de estudio, sino que, con frecuencia, también condiciona la labor del historiador. Esa interferencia es decisiva y, al mismo tiempo, difícil de detectar. Muchos estudios que se presentan como históricos sólo pueden entenderse como expresión de una determinada interpretación mítica. Por eso es tan difícil a veces para los historiadores ponerse de acuerdo. Por eso también, el enconamiento con que defienden sus posturas. Porque la interpretación del pasado encubre posturas políticas concretas que afectan al momento presente y a la construcción de un determinado futuro.

⁴ Utilizo la denominación “progresistas” para referirme tanto a los liberales como a los afrancesados.

⁵ Para un análisis detallado de la evolución del mito, ver el capítulo 3 de Torrecilla, *España al revés* (155-206). En los siglos XIX y XX, el mito adquirirá nuevos significados que no he creído necesario enumerar aquí.

Entender la realidad histórica de al-Andalus, implica comprender lo que sucedió en la Edad Media, incluyendo los mitos que en esa época se produjeron y que ocasionaron dinámicas y actuaciones concretas. Los mitos no sólo son reales, sino que crean realidades. Pero implica también entender la gran variedad de mitos que se han ido produciendo a lo largo de los siglos, desde la desaparición de al-Andalus hasta la fecha. Y, teniendo en cuenta que todo mito entraña asimismo una propuesta, implica asimismo identificar el contexto en que surgen y los objetivos que se proponían sus creadores. Entre otras cosas, porque, de ese modo, podremos identificar mejor el sedimento mítico que condiciona las interpretaciones supuestamente históricas de la realidad medieval de al-Andalus que han surgido y siguen surgiendo en la actualidad.

Nos encontramos, por tanto, frente a una realidad compleja. Pero sólo reconociendo esa complejidad estaremos en condiciones de entenderla.

Los estudios que se incluyen en este volumen abordan distintos aspectos de la problemática a que me acabo de referir. Varios de ellos se centran en aspectos generales. Así, José Enrique Ruiz Domènec destaca la complejidad de la realidad histórica de al-Andalus, poniendo de manifiesto que no puede estudiarse como un fenómeno único o singular. Existen varias etapas perfectamente diferenciadas y entre ellas hay diferencias sustanciales. La realidad andalusí del siglo VIII, tiene poco que ver con la del Califato, la de los taifas, los almorávides, los almohades, o la Granada nazarí. Cada etapa está definida por la defensa de intereses concretos, no por idealismos mesiánicos ni por supuestos planes de reconquista seculares. Maribel Fierro insiste asimismo en la necesidad de tener en cuenta la enorme variedad que caracteriza la realidad medieval de la Península Ibérica, para evitar caer en apologías y descalificaciones. Analiza tres aspectos que considera esenciales para comprender el mundo andalusí: conquista, territorio y genealogía. Se propone con ello resaltar que nos encontramos frente a una realidad cuya complejidad frecuentemente se ignora para favorecer una utilización político-ideológica de la historia. En la misma línea, Rafael Sánchez Saus considera que, con frecuencia, la percepción de al-Andalus está mediatizada por los debates y la situación de la España de cada momento. Debería acabarse con esa situación y analizar la realidad histórica de la España musulmana desde un punto de vista objetivo, procurando entender de una manera desapasionada lo que sucedió en aquella época. Para ello, en su opinión, es muy útil recurrir al concepto de frontera como delimitación entre dos espacios distintos, pero también como espacio de intercambio y mestizaje en distintos niveles.

Otros estudios confrontan aspectos específicos relacionados con el concepto de España y las relaciones entre cristianos y musulmanes. Carlos Ayala Martínez analiza los diferentes usos del término Hispania que aparecen en la Edad Media, para concluir que el concepto no se refería a una realidad meramente geográfica, sino que poseía un sentido político y humano. Ese contenido era compartido por todos los reinos cristianos y se extendía incluso a veces a las tierras de al-Andalus. Pero, mientras que para León y Castilla, especialmente a partir del siglo XIII, el término poseía un sentido unitario, para el resto de los reinos cristianos se refería a una pluralidad de reinos independientes. Fernando Rodríguez Mediano, por su parte, propone que al-Andalus no ha sido concebido en la historiografía española únicamente en términos de alteridad, sino que la realidad es más compleja y fluida. Tanto el goticismo como el orientalismo arabista han sido usados por diversos historiadores como dos formas de legitimación de la monarquía hispánica que podríamos considerar en gran parte complementarias. En una línea similar, sólo que desde otro ángulo, Luis Bernabé Pons analiza la relación de los moriscos con la idea de España, tanto desde el punto de vista de los miembros de esa comunidad como de los cristianos españoles. Su relación con el pasado andalusí, según Bernabé Pons, es evidente en algunos de ellos, pero sin dejar de sentirse españoles. Los cristianos, al menos en ciertos casos, los percibían también de esa manera. Un siglo

después de la expulsión, todavía establece el trinitario Ximénez de Santa Catalina una diferencia entre moros y “españoles” en Túnez, percibiendo características típicamente españolas en los descendientes de los expulsados.

Un tercer grupo de artículos denuncia líneas historiográficas que sus autores consideran tendenciosas. Así, Darío Fernández-Morera desmiente la opinión de que la conquista de Hispania por los musulmanes fuera incruenta o pacífica, enfatizando que acarreó resultados catastróficos para la población cristiana. Igualmente, basándose en documentos que evidencian la práctica generalizada de circuncisión femenina en al-Andalus, concluye que la identidad de los habitantes de esa comunidad era radicalmente diferente de la de los cristianos. Jesús Lorenzo Jiménez, por su parte, denuncia las manipulaciones de la historia de Navarra por parte del pensamiento nacional-católico. Esa línea historiográfica elaboró una historia de Navarra en la que se afirmaba que el reino fue resultado de una alianza vasco-visigoda contra los invasores musulmanes, al paso que se descartaba o se minimizaba la presencia musulmana. Pero los estudios de necrópolis recientemente descubiertas han venido a desmentir esa interpretación, demostrando que en Pamplona hubo asentamientos musulmanes con una considerable presencia norteafricana y que parte de la población autóctona se convirtió voluntariamente al Islam e imitó las costumbres de los conquistadores. En la misma línea de denuncia del pensamiento nacional-católico, Alejandro García Sanjuán afirma que la influencia que siguen teniendo en España los trabajos de Sánchez Albornoz pone de manifiesto que la historiografía española sobre la Edad Media se sigue rigiendo por criterios tradicionalistas herederos del XIX. Sánchez Albornoz combinó una personalidad política progresista con una actividad historiográfica conectada con el nacional-catolicismo. Su defensa de los conceptos de la Reconquista y de “la España musulmana” es fundamentalmente contradictoria, si bien ambos se basan en una consideración esencialista de lo español que no debería tener cabida en los estudios históricos.

Finalmente, otros artículos se centran en analizar la imagen de al-Andalus en la literatura, poniendo de manifiesto que el uso que de ella se hace encubre un proyecto político o identitario. Bárbara Fuchs analiza el papel de las ruinas en el Renacimiento europeo, prestando particular atención al caso de España. Los españoles del XVI privilegian las ruinas de Roma sobre las islámicas, evidenciando así una ansiedad respecto a su pasado y una voluntad de ser de cara al futuro. Ignoran el pasado islámico de la Península y enfatizan el papel de Roma en la construcción de la identidad nacional. Una tendencia similar se observa también en literatura, donde los ritmos tradicionales son reemplazados por los italianos. En esta evolución, Navagero juega un papel paradójico, ya que, contemplando el pasado español, se identifica, en cuanto italiano, con los musulmanes derrotados por el nuevo imperialismo español que dejaba sentir su influencia en Italia. Jesús Torrecilla, centrándose en la literatura del XVIII, observa que los ilustrados españoles recurrieron al mito de al-Andalus para desarrollar dos estrategias discursivas que les permitieran desmentir la acusación de afrancesados y traidores que les hacían sus enemigos. Por un lado, algunos escribieron tragedias que armonizaban neoclasicismo y Reconquista. Por otro, ciertos autores usaron también a los “musulmanes españoles” de la Edad Media para proponer que la modernización del país podía hacerse de manera intrínseca, sin necesidad de imitar modelos extranjeros. En los dos casos, puede observarse un intento de integrar los conceptos de modernidad y patriotismo, que, a la larga, fracasaría. La revolución francesa y la invasión napoleónica radicalizarían posiciones, haciendo inviable ese propósito.

Obras citadas

- Austin, John L. *How to Do Things with Words*. Cambridge, Massachusetts: Harvard UP, 1975.
- Barthes, Roland. "Mythologies". In Julie Rivkin and Michael Ryan, eds. *Literary Theory: An Anthology*. Malden: Blackwell Publishing, 2004. 81-9.
- Márquez Villanueva, Francisco. *El problema morisco (desde otras laderas)*. Madrid: Libertarias/Prohufi, 1991.
- Ríos Saloma, Martín F. *La Reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*. Madrid, México: Marcial Pons, UNAM, 2011.
- Torrecilla, Jesús. *España al revés. Los mitos del pensamiento progresista (1790-1840)*. Madrid: Marcial Pons, 2016.